

Hoy quiero contar mi historia para que se sepa que hay más víctimas de Damián Rodríguez Alcobendas. Elijo no poner mi nombre para no exponerme aunque eso no le quita peso a mi denuncia. Escribo para dar fuerza a esta condena, para iluminar lo que estuvo oculto durante años, y porque ya no quiero callar.

Cuando era niña, entre los 7 y los 11 años, fui abusada por Damián. Durante décadas mi cuerpo y mi psiquis se protegieron congelando esa experiencia. Recién hace dos años pude reconocer y comprender plenamente lo vivido. Ese mecanismo de supervivencia no es una elección: es la forma que encuentra un niño o una niña para seguir viviendo cuando no hay posibilidad de defensa.

El abuso deja marcas difíciles de explicar. Genera un daño muy profundo: ruptura de la confianza, miedo, confusión, disociación como mecanismo de defensa y no te queda otra que congelar ese cuerpo para no sentir tanto. En mi caso, también me enseñó a ser complaciente, a adaptarme para sobrevivir. Durante muchos años creí que esa era mi forma de ser, hasta que entendí que no era mi personalidad, era un trauma.

Hoy sé algo fundamental y es que el daño fue real, profundo, y que no fue mi culpa. Lo que me hizo este hombre fue muy grave. No necesito dar detalles. La mente no entiende cómo puede existir tanta maldad hacia una niña indefensa, pero eso solo es posible para gente muy enferma, sin culpa y sin consciencia. Y eso nunca justifica lo que hizo.

Estoy segura de que hay más víctimas de este hombre. Ojalá esto pueda ser una semilla para que alguna de ellas descubra lo que tuvo que atravesar. Damián tuvo acceso y poder en ámbitos como colegios, iglesias y comunidades. Fue una figura respetada, y eso vuelve su abuso aún más grave y más peligroso.

Hablo porque durante casi 30 años esto estuvo tapado, incluso para mí. Y porque sé que hay otras personas, mujeres y hombres, que atravesaron este mismo infierno. Y ojalá leer esto puede ser una puerta: para descubrir, para pedir ayuda, para empezar un camino.

Y si no es tu caso, y tuviste la suerte de que nada de esto haya pasado cerca tuyo, solo te pido que tomes consciencia de que lamentablemente existe mucho más de lo que te imaginas y que las heridas que generan estas monstruosidades son irreversible y que te atraviesan para siempre. Ningún niño o niña merece pasar por algo así, y creo que entre todos como sociedad podemos ayudar a que este no se repita, al menos en nuestro metro cuadrado.

La sanación no es lineal ni rápida. Implica atravesar el dolor, perdonar a quienes no pudieron protegerte, perdonarse a una misma, reconstruirse. Hoy me miro y ya no me veo solo como alguien herida. Me veo más fuerte, más serena, más sabia.

Perdonar no es justificar: es quitarle poder a quien ya tuvo demasiado. Es salir del lugar de víctima para vivir con mayor libertad. Y hablar es un acto de justicia, pero también es un acto de amor propio. Y de cuidado hacia otros.

Si crees que esto puede servirle a alguien, por favor compártilo. Gracias por tu respeto.